

Recordatorio de Juan Antonio Cabanne



Escribir estas líneas significa para mí un honor por su amistad pero también volver a conectarme con el intenso dolor de su ausencia.

Conocí a Juan hace alrededor de veinte años, compartiendo un seminario sobre Bion que dictaba Darío Sor y muy pronto pude gozar de su amistad. Mientras se afianzaba el vínculo, fui conociendo a Juan Cabanne analista y a Juan, amigo. Para ese entonces acababa de ser nombrado miembro adherente de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires; tendría algo más de 40 años y 62 al morir.

Maestro de grado en los años de su formación como médico, profesión que había competido con la de cantante lírico, es su actitud humana y compenetración en lo social lo que lo lleva a optar por aquélla. Pero sin dejar de cantar.

Memorioso, altamente observador, capaz de vivenciar las experiencias de la vida con una intensidad muy particular y más capaz aún de transmitir las con un brillo inusual. Rescataba en las situaciones una riqueza de emociones tal, que si la experiencia había sido compartida, su relato permitía volver a vivir los momentos narrados con especial realismo. Globalizaba las situaciones pero sin descuidar los detalles, recordando y haciendo revivir los afectos experimentados. Su relato traía al presente aquel tiempo y espacio compartido; los hechos y las acciones cobraban vida nuevamente, aparecían los personajes y los fantasmas del momento, uno volvía a caminar aquellas veredas, renacían los sonidos y las voces, volvían a capturarse los olores y los sabores. Aquel instante cobraba nueva vida en su relato.

Lector incansable de una variedad de temas, posibilitaba compartir largas veladas con un entusiasmo que no decaía. Recitaba y amaba la poesía; compartir con Juan un tiempo algo más extenso aseguraba encontrarse con alguna poesía de Baudelaire, de Rimbaud, de Becquer, algún diálogo o monólogo de Shakespeare, y todo en sus lenguas de origen. Ultimamente vivía con pasión el italiano y sus amigos disfrutábamos, a través de él, de la vida de los grandes del realismo italiano. Amante de la música y del canto, poseía una espléndida voz de tenor y la posibilidad de cantar una amplísima variedad de géneros musicales que abarcaba desde arias de óperas, *lieders* de Schubert o alguna música popular de distintas épocas y regiones de Europa y de América... También disfrutaba la experiencia de cantar en el coro que habían organizado un grupo de analistas de APdeBA y del que era realmente un pilar, no sólo por ser “su tenor”, sino también el que elegía y ofrecía muchas de las partituras que hacían al repertorio del coro.

Su amor por y su conexión con la música llevó a Vanina y Analía, sus hijas, a despedirlo de la misma manera en la que él había vivido, cantando. Y así fue como rompió el silencio de su adiós la voz de Analía “Tú cantabas viejas melodías que hacían renacer tu amor en mí”, seguida por la de ambas. Así le decían que habían aprendido a vivir cantando.

Juan vivía con intensidad, siempre estaba informado, amaba la

cultura y la sociedad y esto también se reflejaba en su vida como analista: le interesaba pensar psicoanalíticamente la cultura postmoderna, su incidencia en la formación de la subjetividad, las consecuencias en el desarrollo psicológico y las formas de superar, con la clínica, esos padeceres que la sociedad le creaba al hombre.

Muchos de sus varios trabajos los dedicó a estos temas. Podemos citar, entre otros “Paradise Now”, “Culturas de la incertidumbre: fenómenos recursivos y patología borderline”, “De los Iconoclastas a la vorágine icónica: modelo, imagen, ícono y cyberespacio”, “Malestar en la cultura psicoanalítica: del sujeto autocentrado al pluralismo postmoderno”.

Desde sus comienzos como analista se interesó en conceptualizar la clínica de pacientes severamente perturbados y otros varios de sus trabajos lo reflejan. Son distintos los temas que trata en ellos pero se pueden destacar: el modo de establecer el vínculo transferencial-contratransferencial; la especial manera de configurar el espacio y el tiempo; el uso que hacen de la palabra; el valor heurístico que los modelos analógicos brindaban en la clínica de estos pacientes, etc.

Elijo uno de estos modelos: “de la trama y la acción trágica”, porque es así como lo imagino trabajando a Juan, compenetrado en el por venir de su paciente y enrollando sin prisa y sin pausa el hilo de Ariadna que, por las fallas arcaicas se había enredado de manera algo desprolija.

Con el nombre del modelo parafrasea al Umberto Eco, de *Opera Aperta* (1962), cuando dice “*Edipo, que investiga las causas de la peste, descubriéndose asesino de su padre y esposo de la madre, se provoca la ceguera, esto es la trama. Pero la acción trágica se establece a un nivel más profundo, y en ella se devana el complejo asunto del hado y de la culpa con sus leyes inmutables*”.

El modelo, que surge de su material, ofrece al paciente un montaje narrativo, una trama que organiza el inevitable suceder de hechos y acciones “casuales”, muchas veces imprevistas y sin explicación, casi siempre acompañadas de sufrimiento, que tapan sus propios vacíos. El analista sabe que, en ese momento sólo se trata de una organización externa, pero también que detrás, en otro nivel de análisis, se podrán rescatar las acciones, únicas y propias, los episodios o “hechos trágicos”, capaces de teñirse de múltiples colores, de dispersarse, pero que van en busca de un narrador que les dé coherencia, que les ofrezca una trama, que los conecte, como decía, “*para que a modo de canavás se creen espacios necesarios para*

establecer vínculos y el desarrollo de la capacidad de pensamiento". Por ello Juan, el narrador, introduce sus vivencias, da a su contra-transferencia un destacado lugar en el proceso, siendo mucho más que un mero relator, desempeñando un lugar activo.

Para Juan el analista cumple el lugar del narrador en la tragedia, que frente a la falta de coherencia intenta tejer una trama, introduciendo su propio registro y sacándolo del suceder de hechos sufrientes.

El diálogo analítico crea un espacio mental que contiene y donde la palabra ejercerá sus funciones. Sin tolerancia a la duda y a un sentimiento de infinito, no se hace un entramado; y hasta que el paciente pueda hacerlo solo, el analista le presta esta función. Entre tramas y entramados, en ese diálogo, la palabra del analista, en situación asimétrica, será la encargada de restaurar los agujeros de la tela. A través de este vínculo humano, de este diálogo capaz de recrear experiencias es como lo veo trabajar.

Tanta importancia le daba a que la relación analítica fuera asimétrica, que le preocupaba la cultura postmoderna con su multiplicidad de teorías, sus alteraciones del tiempo en la primacía del instante y la aceleración; la fragmentación, la caída de los relatos unificadores; el predominio de la incertidumbre, llevando a una crisis cultural constante y persistente, que influye sobre ambos miembros de la pareja analítica creando situaciones potencialmente simétricas.

Estaba convencido de que los procesos analíticos en los que predomina la simetría llevan a un *impasse*. Esto hizo que se ocupara de las transformaciones que requerían las modalidades analíticas para conservar espacios y roles diferenciados. Consideraba que la clínica debía pasar "*de la reconstrucción a nuevas construcciones, de actos de descubrimiento a actos de creación, del descubrimiento de pautas a la construcción de pautas, de la interpretación verídica a la interpretación creativa, del análisis como ciencia de la recuperación del pasado a una creación en el presente y el futuro, del psicoanalista como historicista a un creador de significaciones*".

La sociedad crea hoy menor capacidad de tolerar la existencia de un objeto autónomo y es por eso que, inconscientemente y mediante una estrategia del Yo, se buscan situaciones analíticas de simetría porque la prevalencia de mecanismos omnipotentes borra las diferencias con el objeto. Esto obliga a que el analista, al estar inmerso en la misma cultura de la inseguridad e incertidumbre, deba cuidar no repetir estas fallas y no ofrecerse como un "objeto seductor simétrico" que apacigüe sus propias ansiedades y omita promover las

RECORDATORIO

perturbadoras situaciones de cambio que pueden surgir de relaciones asimétricas. Esto era un objetivo importante de su práctica.

Juan tenía un alto compromiso con la ética, el psicoanálisis y la responsabilidad que éste implica. Tal vez para ser más exacta su semblanza deba agregar que su enorme sensibilidad, esa que lo llevó a vivir tan intensamente, también lo hizo sufrir con la misma fuerza, pero el saldo fue positivo. Ultimamente gozaba de Facundo, su nieto y de los nietos de su pareja. Ni ellos, ni sus amigos olvidaremos sus cantos y sus relatos.

Alicia Casullo